

Tesoros de innumerables imágenes

You will always be fond of me.

Oscar Wilde

Que un individuo quiera despertar en otro individuo recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero, es una paradoja evidente. Ejecutar con despreocupación esa paradoja, es la inocente voluntad de toda biografía.

Borges

1

De santa memoria, Dolores Paez de Lozano fue una mujer feroz. Su muerte fue amargamente penada por la hermana que la sobrevivió, por sus tres hijas y por dos de sus yernos. No así el esposo de Maria, la menor de las Lozano, la del medio dedo. Agostino Minelli fue portador de dos

historias familiares: una lícita y una herética. Pero aún sabiendo lo que otros habían aprendido a desconocer, la furia con que el dolor de la pérdida asaltó a su mujer y a los otros a quienes bien quería, terminó por enlutarlo también a él.

De todos los frutos de la tiranía celosa con la que Dolores Lozano rigió su hogar, el más sobresaliente fue su poder de gobernar la memoria ajena. Matilde Paez, que se había entregado a los humores de su hermana mayor en su más tierna infancia, había visto los simulacros felices de la niñez prolongarse más allá de la adolescencia en un sinfín de juegos dictados por aversiones y deseos imperfectos que servían para corregir circunstancias adversas. Si estas fabulaciones habían dejado de comenzar con las palabras "juguemos a que...", el tono, el gesto y el ánimo con el que Dolores

las ponía en movimiento siguieron siendo los mismos hasta el final.

Con el tiempo el juego había logrado ocupar cada resquicio de la relación entre las dos jóvenes y había empezado a desbordar sus márgenes anegando en artificios y fábulas todo lo que encontraba a su paso. Eventualmente para Matilde, las cosas, sus antes y sus después, se volvieron una obra de los deseos de Dolores a la que ella contribuía con una ofrenda de obediencia piadosa y más tarde clerical.

La madre de las niñas, Maria Jacinta Coria de Paez, sufrió en silencio viendo florecer como hierba mala, el regocijo oscuro que unía a sus hijas en un recitado cotidiano que las formas adorables de la infancia había exhalado como inexactitudes y las formas adustas de la edad adulta como prevaricaciones y embustes.

Las amonestaciones de la madre, una mujer profundamente religiosa que presentía que los mundos de sus hijas hospedaban errores, herejías y apostasía, le valieron una antipatía taciturna que Dolores ejerció con rigor. Cuando Maria Jacinta finalmente murió acobijada por una lana de los tiempos de las verdades absolutas y abrazada por la lealtad tenaz del amor filial, la hija mayor, creían recordar familia y vecinos, la despidió cubierta por una desolación negra y espesa y balanceándose precariamente al borde de la cordura.

En realidad, la muerte de Maria Jacinta permitió emancipar las aspiraciones de Dolores de las opresión de la prudencia y fue así que la forma del juego con la que Dolores había sabido adiestrar a Matilde encontró poco tiempo después su primeras luces fuera de su madriguera cuando la joven conoció a quién sería su esposo.

Enamorado, Blas Lozano, sucumbió al asedió de los antojos e ilusiones risueñas que la joven le ofrecía como flores de descampado, bellas y vulgares. Incluso si pudo presentir algo terrible gestándose en esos rincones oscuros donde la realidad y la fantasía retozaban perdiéndose una en el cuerpo de la otra, no fue capaz de detener su avance ni de huir.

Una vez casados, el pacto ficcional al que se había prestado por amor se tornó en la obligación taxativa de suspender toda incredulidad. La oscuridad se irguió soberana dejando caer la bella máscara y Blas Lozano se vio progresivamente enfrentado por aseveraciones inapelables incluso a veces acerca de su propia antigua vida de la cual Dolores nada sabía.

“Desde chiquito fuiste miedoso. Por eso jugabas siempre solo y entre las faldas de tu madre. Ahora jugas siempre solo y entre

las faldas de tu mujer. No puedes ni hervirte un huevo solito.”

El dato biográfico no correspondía a la vida de Blas excepto, por supuesto, para aquellos que lo habían conocido después de Dolores. En todo caso, sabiendo que disputar su nueva historia conllevaba ciertos peligros que se le presentaban ambiguamente hizo el primero de sus silencios finales los que le permitieron a su esposa aprender a hacer uso de la obsecuencia tímida o del consentimiento reacio para modificar el pasado propio y el ajeno a su antojo.

El hombre finalmente vió con claridad la forma y sustancia de la amenaza que se movía en el fondo de estas oscuras artimañas al verla desatada algún tiempo después sobre sus hijas pequeñas que indefensas frente a los lábiles humores de la madre empezaron a buscar formas desesperadas de deshacerse de los

recuerdos propios para reemplazarlos con los que les eran legados. Dolores podía sin mucho esfuerzo suprimir tanto memorias recientes como pasadas y reemplazarlas con las que les confeccionaba a los otros.

Progresivamente Dolores Lozano fue sabiendo medir la obediencia y devoción de su familia demandando asentimiento para afirmaciones cada vez más inverosímiles y exigiendo el abandono definitivo de hechos inequívocos. En lo que a ella respectaba, cuanto más descabelladas eran las historias, más tenaz debía ser la voluntad de obediencia al aceptarlas y esgrimir las.

Para el marido la hora última llegó el día que sus hijas finalmente confesaron la fe en que el gato de la madre que desde el principio había mostrado una docilidad propia de un perro, era, en efecto, un perro.

No fue simplemente un episodio de locura colectiva la forma en la que el gato

de angora con su mirada siempre gélida y siempre vertical, incapaz de cualquier expresión de calidez humanamente reconocible, vio su biología y su temperamento transformados por la usurpación de la amistad antigua del hombre y el perro. La metamorfosis fue más bien una confabulación que hizo extenso uso de las antiguas metafísicas en las que los temperamentos transmigran y permiten ver tras un semblante desconocido un espíritu familiar.

Fue entonces que Blaz Lozano le juró secreta lealtad a las verdades obvias y conspiró con los hechos en un intento tímido pero desesperado de restituirles a sus hijas y restituirse a sí mismo el mundo que su esposa palmo a palmo les arrebató.

Esta sublevación secreta que fue prontamente reconocida por Dolores le valió el exilio interno y en poco tiempo

Blas Lozano se volvió una sombra dentro de su propia casa proyectada por la inmensa presencia de Dolores.

En su propia casa el hombre fue tratado por su mujer y su hermana, quien estaba casi siempre de visita, con una descortesía estudiada y maliciosa que al tiempo aprendieron a emular las hijas. Solo frente a las cinco mujeres y amedrentado por cierta promesa equívoca de violencia, Blas Lozano hizo un silencio casi perpetuo que también fue secuaz de Dolores.

Por diferentes motivos todos eventualmente encontraron que someterse a la reescritura de sus vidas y sus inmediaciones era menos arduo que resistir los embates o, alternativamente, subsanar la mala conciencia de haber agraviado a Dolores recordando libremente. Fue esta forma resignada de sumisión lo que le permitió al gobierno de

la memoria ajena volverse categórico y por eso enteramente transparente.

2

Pocos meses después de cumplir los veinte, Maria Lozano, quien lenta dejaba la adolescencia donde había visto con una mezcla de pena y de desprecio a su padre erosionándose en su silencio mineral bajo los vientos huracanados que las mujeres Paez (ella incluida) conjuraban a diario, trajo un domingo de verano a Agostino Minelli a la casa. Dolores no debió más que mirarlo para entender el peligro al que su potestad se enfrentaba.

Minelli era un hombre de pocas palabras y de presencia serena que miraba con una sonrisa cálida y perdurable y parecía incitar instantáneamente incluso en un interlocutor desconocido una confianza casi íntima y fértil sobre la que cultivar confesiones.

A pesar del evidente displacer de la madre, María continuó trayendo a Minelli cada domingo empujada por el creciente afecto y por la osadía.

Fue un domingo en el que como era habitual, el almuerzo agonizaba en una cadencia interminable de conversaciones desultorias y sopores despiadados, cuando al recibir su tercera o cuarta taza de café de la mano de Matilde, Minelli escuchó una frase extraordinaria salir con severa parsimonia de la boca de Dolores.

"No, no te acordás de esa casa" dijo la mujer.

Minelli nunca había oído una aseveración de ese tipo y le costaba imaginar que alguna vez alguien pudiese haberla proferido antes de ese domingo al borde de esa mesa. Buscó a Jacinta con la mirada. La mayor de las tres hijas era a quien la enmienda de su memoria errónea le había

sido magnánimamente brindada. En la cara de Minelli burbujeaba casi imperceptiblemente un estupor que subía desde la profundidad del horror. Dolores la vio y sintió una necesidad salvaje de responder a la impertinencia pero no lo hizo.

Jacinta por su parte bajó la cabeza y no volvió a mencionar la casa de su abuela. Pero fue en ese momento que Minelli entendió que bajo la historia oficial con las que su futura suegra adornaba la mesa de los domingos, esperaba agazapada una historia impía. Lentas al comienzo y luego emergiendo apresuradamente de los rincones de la intimidad familiar que habían prosperado a espaldas de Dolores, las confesiones fueron apilándose en una historia familiar paralela.

La desazón de Jacinta le había sido confesada a Minelli por Coria, el esposo. Había sido Dolores que interpuso a Coria

en el camino de la joven que presumiblemente llevaba a Buenos Aires. Un temperamento calmo sin proclividad a la confrontación había hecho que Jacinta cediese al futuro que su madre le había trazado. Pero en un matrimonio nacido del deber, Jacinta nunca había sido capaz de amar a su marido incluso si cierta placidez en el trato diario había sido la fuente de un afecto silencioso que tenía más cercanía a la piedad que al amor.

Durante cada salida, Coria sufría viendo vagar los ojos de su mujer por plazas, por cafés o por veredas al acecho de un hombre alto y oscuro que le mostrase los resabios del presente que hacía tiempo había abandonado cuando todavía era futuro.

Coria se sabía mal querido y fue por primera vez en Minelli donde escuchó su propia tristeza. En todo caso, gracias a Dolores y a pesar de Coria, Jacinta recordaba haberse casado enamorada y

atribuía el desdén al apelotonamiento de horas que normalmente atesta y eventualmente paraliza cualquier matrimonio.

3

La primera noche de la corta agonía que terminó en la muerte de Blas Lozano, Minelli se encontró en la cocina a solas con Matilde. Sintiendo el avance de la muerte sobre un hombre al que había aprendido a desquerer, repentinamente se recordó a sí misma pequeña y rubia, la favorita de su padre.

Sin realmente intentarlo, Matilde evocó y le entregó a Minelli una imagen vívida de su madre muriendose olvidada en una de las habitaciones del fondo de la casa a las que Dolores había dejado de ir y a las que ella acudía furtivamente. Entonces confesó una certeza: su casa de infancia había tenido seis habitaciones y no cinco.

Dos días después, en un raptó de lucidez terminal Blas Lozano pidió que llamarán a Minelli quién sentado junto al moribundo lo amparó en sus horas finales de las varias cortesías de Dolores. Minelli fue también quién recibió su última confesión y debió cargar lo que Lozano se negó a llevarse a la tumba.

"¿Qué sabe usted del dedo de Maria?"

La vergüenza de revelar la naturaleza de la sangre que corría en su sangre, hizo que Maria aceptase la historia lícita que era la historia que Minelli conocía:

Anunciando una tormenta de verano al final de una tarde de febrero, una rafaga de viento cerró violentamente una ventana en la que jugaba la nena mutilando mas de la mitad del dedo índice de la mano derecha. El horror había sido presenciado por la madre que hizo un torniquete con una camisa del padre y llevó a su hija a la

enfermería del barrio. Los vecinos, se decía, la vieron correr por mitad de la calle con la nena llorando a los gritos en sus brazos.

Sirviendo las necesidades morales, espirituales o prácticas de los que conocieron lo que efectivamente había ocurrido ese febrero, el desafortunado incidente de la ventana fue aceptado casi sin titubeos. Pero aún así, ciertas inconsistencias, variaciones o gestos posiblemente involuntarios daban indicios de la historia subterránea.

Lozano, sin embargo, confirmó la presunción. Luchando por última vez con una angustia agolpada desde hacía mucho tiempo entre el pecho y la garganta, dijo con la voz tenue de la culpa y de la muerte que durante un acceso de ira, Dolores Lozano, escoba en mano y a los gritos, persiguió por la casa a su hija menor que entonces tenía seis años. Cuando

finalmente dio con ella en el baño le propinó una golpiza tal que terminó con la niña llorando a los gritos acurrucada en un charco de sangre, apretando en la palma de la mano izquierda medio dedo que se había desprendido de la mano opuesta.

Blas había escuchado la tormenta de ira cruzar la casa buscando a la pequeña Maria que corría ciegamente procurando un lugar donde refugiarse. Sin moverse de la silla donde tomaba mate mientras lijaba un zócalo de nogal, había ofrecido una protesta desganada y a penas audible que fue seguida por el silencio en el que se hundió la bestia depredadora atareada al dar con su presa. En ese silencio escuchó y alcanzó a ver con nitidez los primeros dos golpes. Los que siguieron se ahogaron en los gritos de Maria.

El horror había sido consumado por la madre que al sentir como la sangre ajena apaciguaba la propia, hizo un torniquete

con una camisa del padre y llevó a su hija a la enfermería del barrio. Los vecinos, dijo Baez, la vieron correr por mitad de la calle con la nena llorando a los gritos en sus brazos.

Blas Lozano nunca perdonó a su mujer por la brutalidad pero su odio más ciego quedó reservado para sí mismo. Odiaba con un vigor impropio de su edad su antigua presencia taciturna o casi espectral, aquella que dejó a sus hijas a merced de la madre y la casa librada al viento negro de la malicia trivial y omnipresente. Y por sobre todo, se sabía cómplice del crimen oscuro que vivía escondido en el centro de la mitología familiar. Había logrado aplazar la consciencia con un dejo de satisfacción nacido de una excusa simple: sabiéndose falto de vocación para la confrontación, prefirió recordar la tormenta de verano en la ventana. Después de todo, como toda historia santa, esta

también era más verosímil que la herética y esto la hacía más recordable.

Fue con este y otros silencios que Blas Lozano fue padre también de la confabulación de hagiografías que ya habían empezado a narrar la obra de Dolores aun en vida. Pero como suele ocurrir, la vejez nutrió y avivó el pasado y el malestar original que a veces interrumpía la calma lacónica de la historia lícita fue progresivamente atizada por la memoria insumisa y brutal de los gritos desesperados de la nena que todavía hacían eco en la casa vacía. En sus últimos años de vida, este germen de lo ineludible se fue fortaleciendo en la profundidad oscura y húmeda de la consciencia de Blas anciano y fue finalmente madurando en un odio ciego que, incapaz de enfrentar a Dolores, solo pudo domar tornándolo contra si mismo.

Blas se entregó al tipo de excesos que lejos de proporcionar placer propician la muerte pero que aun como ejercicios de auto flagelación son perfectamente capaces de despertar el oprobio en la mirada ajena así como en la mirada íntima. Por este acto de complicidad final, las mujeres Lozano se sintieron secretamente agradecidas.

Blas alimento la muerte con cigarrillos y ginebra. Incapaz de sentarse por más de unos minutos cerca de su mujer, usaba su tiempo ocioso para emborracharse. En menos de dos años una cirrosis presentida pero nunca diagnosticada le evitó la prolongación de toda discusión trivial y de más silencios tortuosos del tipo que habitualmente había compartido con su mujer.

"Papá nunca tomó." dijo Ana, la del medio, viendo a su padre apagarse en su crepúsculo amarillento.

"Tu papá siempre fue un borracho. ¿Te acordás cuando ustedes eran chicas que siempre llegaba a casa borracho?"

"No, no me acuerdo." Contestó tres o cuatro veces. Después de un tiempo la repetición logró hacer brotar la memoria apócrifa de las antiguas borracheras y esta memoria se instaló para siempre en la biografía de Blas junto a la cirrosis terminal.

"Fue un buen hombre" le dijo Dolores a su hermana al volver del cementerio "lástima que no pudiese dejar la bebida."

Solo dos veranos después, con las ventanas abiertas Dolores murió una muerte plácida en una noche clara y tibia. Fue Matilde quien la encontró bañada por la luz de la mañana detenida en la misma sonrisa amable en la que sería velada y enterrada.

La casa se llenó del sonido de una piedad femenina que conjugaba el deber de la

angustia y el placer de exhibirla. Coria, Minelli y el esposo de Ana se sentaron en el jardín haciendo deferencia a la labor de duelo. Por la ventana llegaban los sollozos y las eulogias. Habiendo depositado la memoria en Minelli, ahora estas mujeres podían olvidar con más desparpajo y venerar el tesoro e innumerables imágenes que les había sido legado con tanto más celo.

Esa noche, desnudándose frente a su esposo, Maria, con los ojos hundidos en la pérdida, recordó el amor devoto que su madre le tuvo a su abuela, el apoyo abnegado a su padre, el sustento desinteresado con que amparó a su hermana y también el dulce y afanoso amor que le prodigó a sus hijas. Al recordar el espanto clavado en los ojos con el que, con ella en brazos, la mujer corrió las cuadras que la separaban de la enfermería del barrio el día que su hija perdió el dedo,

Maria se deshizo en el mismo llanto que había llorado ese día de verano en brazos de su mamá.

Minelli sintió la zozobra subiéndole por las piernas y no atinó a decir una sola palabra.